

El islam y los cristianos progresistas

La ignorancia de las instituciones católicas y de los cristianos en general con respecto a la historia y el sistema del islam está bastante extendida. Las propuestas de diálogo interreligioso planteadas por algún teólogo, que hace gala de cierta erudición islámica, ponen de manifiesto tal desatino doctrinal y tanto angelismo, que no parece darse cuenta de estar haciendo el juego al adversario, pues del intento de comprensión ha pasado a la apología (cfr. Juan José Tamayo, *Islam. Cultura, religión y política*. Madrid, Trotta, 2009). Algunos movimientos cristianos supuestamente progresistas, como Comunidades Cristianas Populares, dan muestras de una alarmante desorientación, que no se puede disculpar en nombre de la buena voluntad. Durante muchos años, no han tenido el menor empacho en ejercer una crítica radical de la jerarquía católica. Por ejemplo, el 24 de octubre de 2006, publicaban una carta abierta al arzobispo de Granada, en tono agresivo desde la primera a la última línea. Lo acusan de que su comportamiento con respecto a los curas, los seminaristas, las órdenes religiosas y la ciudad no es evangélico, ni cristiano, ni católico. Lo tildan de fariseo, insensato, ultraconservador y persona *non grata*. Y lo conminan de manera fulminante: "¡Señor arzobispo de Granada, váyase o cambie!" Y no pasó nada. Pues bien, los mismos que rubricaron esa carta elaboran y airean, en 2010, manifiestos de apoyo a las autoridades islámicas que pretenden usar la catedral de Córdoba para su culto, cosa cuya naturaleza no cristiana e insensata no haría falta demostrar. El asunto saltó a la opinión pública por el altercado ocurrido en dicha catedral en Semana Santa, cuando en su interior un grupo de musulmanes austriacos se puso a rezar la azalá y hubo de intervenir la policía.

Como es lógico, el apoyo objetivo al islam lo enmascaran con una serie de tópicos bienintencionados pero equivocados, dentro de una retórica demagógica. El texto habla de "orar a Dios en un mismo espacio compartiéndolo con otras manifestaciones religiosas". Así, bajo "otras manifestaciones religiosas" se camufla el propósito, evitando mencionar de qué religión se trata en concreto, aunque se sobreentiende; al mismo tiempo, se supone que el Dios de los cristianos y el Alá de los mahometanos, en cuanto ideas y en la concepción de su relación con los humanos, tienen mucho en común -lo cual es suponer demasiado, si analizamos la historia de sus confrontaciones-.

Del hecho de que "este monumento sea considerado patrimonio de la humanidad" parecen deducir que cualquiera tiene derecho al usufructo, aunque de nuevo apuntan tácitamente a un solo beneficiario. Más de la mitad del documento se explaya en líricas y legendarias evocaciones relativas al emplazamiento de la mezquita, con intervención de Salomón y David, los iberos y el dios Jano, los visigodos y los omeyas, antes de aterrizar en el dato relevante: "el 29 de junio de 1236, el obispo de Osma la consagró para el culto católico, convirtiéndola en la catedral de Córdoba". Hace casi ocho siglos de eso; y fue en julio, no en junio. Pero el empeño no varía: la catedral no pertenece a sus dueños legales sino al "patrimonio mundial" y está destinada por su esencia histórica al "encuentro de civilizaciones".

Por si esa "esencia histórica" de la mezquita-catedral no nos acaba de convencer, el autor hace una incursión moralista y falsamente ecuménica, recordando a Jesús de Nazaret, que ofrece la otra mejilla, y a Juan XXIII, el Papa bueno, que "abrió las ventanas de la Iglesia", a fin de que nosotros apoyemos que se abran las puertas de la catedral de Córdoba a los musulmanes, calificados de "hermanos y hermanas" que profesan la misma fe abrahámica y rezan al mismo Dios de Abrahán. Pero Jesús habla de poner la otra mejilla como plantar cara sin violencia al que nos ataca. Y Juan XXIII abrió las ventanas para que saliera el integrismo, para la modernización de la Iglesia. No tenemos por qué abrir ninguna puerta ni a los adversarios del cristianismo ni a la medievalización de las conciencias. En cuanto al mito de la identificación abrahámica, para

desmontarlo basta cotejar la figura de Abrahán de *Génesis* 22,1-17, con el Ibrahim/Abrahán musulmán descrito en el *Corán* 37,102-109, incluyendo la hábil sustitución de Isaac por Ismael, en el relato del sacrificio del hijo, y también como heredero de la promesa divina.

Por si los especiosos argumentos aún no nos han seducido, el firmante acude finalmente a la simple demagogia: "La mezquita es patrimonio del pueblo de Córdoba, de Andalucía...". No obstante, de ahí se seguiría en buena lógica que, como ese pueblo es mayoritariamente cristiano, pues su catedral es de su Iglesia. Pero no. El obispo, tachado de "señor feudal", y el cabildo catedralicio son desautorizados, mientras que él se erige en el auténtico portavoz del pueblo. Y en nombre del pueblo ha decidido cómo hay que llevar a cabo el encuentro entre diferentes culturas y religiones; esto es, cediendo y sometándose a los proyectos de los musulmanes que desean islamizarnos.

Resulta incomprensible que Comunidades Cristianas Populares del Estado Español, publicara como propio, el día 14 de abril, un documento que ya había aparecido el día 7 de abril en el diario *Córdoba*, y que WebIslam se había apresurado a celebrar difundiendo en su portada de Internet al día siguiente (<http://www.webislam.com/?idt=15682>). El original, "La mezquita, destino universal", es de un tal Miguel Santiago, que firma como profesor y asesor de la Cátedra de Interculturalidad de la Universidad de Córdoba. (Parece evidente que la "interculturalidad" se ha extraviado por los derroteros del multiculturalismo y el relativismo cultural.) Los comunitarios apenas se molestaron en retocar el título, que pasó a ser "Una mezquita universal" (la catedral ha desaparecido) y en convertir el singular "desde mi fe" en plural "desde nuestra fe". Una fe cristiana aparentemente desnortada, puesto que les lleva a situarse más cerca de la Junta Islámica que de la Iglesia Católica. La crítica a la propia tradición religiosa cristiana no es suficiente para hacer buena a la tradición musulmana. Lo coherente sería extender la tarea crítica a los fundamentos de esa religión no europea que está colonizando Europa.

Semejante caso de islamofilia quizá sólo tiene precedente en el general Franco. Este católico general, en 1974, otorgó al entonces presidente de Irak, Sadam Husein, jefe supremo de un partido político laicista, el privilegio de rezar en la antigua mezquita cordobesa, ante el mihrab de estilo bizantino, preservado durante tantos siglos por la tolerancia cristiana y restaurado siendo Ministro de Información y Turismo don Manuel Fraga Iribarne.

Juan Damasceno
LAICOS, agosto 2010